De las Cosas que Contaba el Sr

Carlos Gómez

Image not found.

Capítulo 1

De las Cosas que Contaba el Sr. Casaubon Sobre la Botarga de su Mujer

Capítulo 1: El Encuentro

Corría el año 2001, mi nombre si no mal recuerdo es Fausto, desde que era apenas un infante (ingenuo y sin maldad como cualquier niño de mi edad y que no pasaba de los 10 años corriditos), nunca pensé de verdad que al conocer a una persona tan triste y taciturna como lo era el buen amigo Casaubon todo sería diferente desde entonces pues nunca tuve un amigo tan gracioso e ingenioso como el, solo pensaba todo el tiempo como escribir una historia tan fascinante y a la ves degradante que sin pensarlo tome papel, el tintero y mi vieja pluma fuente; si claro, mi simple pero fiel pluma fuente la cual hasta ese entonces no hubiera sido importante, pero que siempre me acompaño desde que mi madre me la regalo, una legitima Mont Blanc chapada en oro de 14 quilates,

¡no es por presumir!

Por aquellos días estaba exhausto de firmar montañas de papeles sin sentido y miles de cheques que entregaba a mi humilde pero eficiente secretaria Marina, para ser cobrados y así repetir de nuevo la rutina día a día.

Oh si, espero que conozcan la historia de este anónimo Gerente del Banco Metropolitano de Ciudad Canapés, que ha estado siempre al pendiente de las ocurrencias que el sr. Casaubon comenzó a relatarme una mañana en que le dije por primera vez hola. En ese tiempo solía pasearme por los pasillos del Banco en busca de flojos y haraganes que siempre pensaban verme la cara, al menos eso pensaban, no obstante, el jefe de seguridad siempre me mantenía al tanto de esos parásitos, los mismos que al verse vigilados siempre inventaban nuevas formas de burlarse de mí, las normas que implanto mi padre y el padre de mi padre y este a su vez de su padre debían continuar incorruptibles y como capitán de este barco era mi deber seguir con la tradición.

El Banco casi siempre estaba repleto de personas de todo tipo y clase, que me impedía ser el verdugo de estos microbios, ya que tenía que cumplir con mis obligaciones. Fue en uno de esos días en que conocí a Rolando Casaubon, se encontraba en la sala de cheques cobrando un sueldo tan miserable del que yo mismo me avergonzaba pero que sin dudarlo autorizaba pues era mi trabajo, y a pesar de ello nunca lo escuché quejarse, aceptaba eso y más. Siempre vistiendo con un traje barato, zapatos de chalupa y una corbata de moño tan anticuada que hasta mi abuela me abofetearía si me viera usarla, y es que mi familia siempre ha sido amante del buen gusto; al acercarme para saludarlo me causo

hilaridad su peinado de raya en medio, algunos solían llamarlo el Sofista, pero no por culto, más bien por llevar siempre un libro abierto en su cabeza. Lo primero que me vino a la mente fue saludarlo de forma refinada, con un clásico hola, el a su vez hizo lo mismo y nos estrechamos la mano, yo con la cabeza muy en alto y el abatido,

Después de eso se dirigió a su escritorio a seguir llenando pilones de formas y aun así sonreía maquiavélicamente. Sin saber cómo, me dirigí hacia su escritorio a dejarle más y más trabajo y el solo escribía una y otra vez, solo se levantaba para ir al baño y regresaba de inmediato a su lugar.

Cierta mañana Marina enfermo de gravedad y tuvo que ser internada en el Hospital, estaba más pálida que un queso pasado, curiosamente aquella vez tuvimos más trabajo que de costumbre y tuve que suplirla por alguien más, casi todos les molestaba tener que hacer mandados y deberes normales para una asistente, pero no para Casaubon que cumplía todas mis órdenes sin objeción alguna.

Yo solía entre dientes llamarlo ¡Mi Perro Fiel!, vaya que sí lo era, poco le faltaba para sacar la lengua y dar brillo a mis zapatos relucientes de charol. Siempre recuerdo que cada mañana la señorita Marina solía dejar sobre mi escritorio una taza de café capuchino con canela bien caliente, en cuanto llegaba a la oficina la bebía mientras revisaba el trabajo de ese día; cierta ocasión que me presente al trabajo, encontré una taza de simple café negro, hacia 20 años desde que tomé el mando del banco que no tomaba una simple taza de café negro, mi esposa siempre tuvo miedo que enfermara del hígado, pero Casaubon ese día me trato como a cualquier persona sin importarle que fuera o no su jefe.

En el acto mandé por él, quería encomendarle un par de tareas sencillas antes de ir a lo grande, al entrar a mi oficina, por fin logré ver bien la imagen del empleado común, mediocre y desaliñado, antes de poder pronunciar algo, fui interrumpido por las palabras de alguien que estaba fastidiado.

¡Odio el Café Capuchino con Canela!

En el acto me dije a mi mismo, ¿Qué?, no entiendo a qué se refiere amigo Casaubon.).

-El a su vez se desnudó ante mí, en sentido figurado-

¡Claro que no lo sabe señor Fausto, y como puede llamarme amigo después de 20 años en que jamás me dirigió la palabra, es como si fuera invisible ante sus ojos, soy poquísimo menos que una sombra que vive chupándole el oxígeno a los demás, casi o igual que una sanguijuela, y

aun así insiste llamándome amigo, mi esposa rechoncha piensa lo mismo!

¿Podría usted sacarme de la duda?, soy todo oídos, ¡respondí!

En ese pequeño pero a la vez grande fragmento de mi vida fue que el señor Casaubon comenzó a narrarme esa afligida y patética historia que lo mantenía apesadumbrado, y lo único que hice fue prestarle mucha atención y cientos de simples tazas de café negro, me convertí en ese momento en su psicólogo personal, alguien que lo escucharía en todo momento sin burlarse de él y que guardaría el secreto de su existencia trágica, tal vez tendría que comer muchos cacahuates para contener la risa de las vejaciones del que era objeto y que según él era prisionero, en pleno siglo veintiuno.

Las casualidades nunca fueron parte de mí vida, siempre tuve la idea de que el propósito que una persona puede tener de encontrarse en este mundo radicaba en encontrar eso de lo que muchos podrían llamar diversión o entretenimiento barato. Me dispuse tomar asiento y disfrutar o más bien encontrar tal vez la manera de ayudar a ese pobre hombre que había perdido toda fe y esperanza en la humanidad, solo eso podía hacer por ahora, sin importar cuantas horas, días, meses o años me tomara, estaría dispuesto a devolver la verdadera felicidad en esos días de oscuridad que cubrían a ese hombre a mi cargo, alguien que había vendido su alma al diablo los mismos años que yo siendo el padre de todos estos insectos malagradecidos, los que día tras día buscaban nuevas formas de ganar un salario que se les pagaba sin mover un dedo siquiera.

Yo aquí sentado, he pasado la mitad de mi vida tratando de resolver el hecho de venir a trabajar todos los días, mi esposa se queda en casa cuidando de nuestra pequeña hija Coquito, apenas cumplió los 10 años y ya paso a sexto de primaria, mi adorada Epifánia sabe cómo mantener las cosas en orden en nuestro hogar, y yo por el momento he encontrado en Casaubon la manera de espantar el aburrimiento insulso que se había posesionado de mi desde hace varios meses, y pensar que todo este tiempo ese pobre individuo vino a trabajar sin que siquiera notara su existencia, es como si se tratara de esos pañuelos con los que nos sonamos la nariz para luego depositarlos en la basura, porquería que por cierto se lleva el camión de los desperdicios cada mañana.

Y así todo comenzó, y yo guarde silencio mientras bebía una taza de corriente café negro de grano.

Casaubon exclamo; ¡Mi esposa regordeta hoy me puso un trozo de salami sin rebanar para comerlo a la hora de la merienda, sin cubiertos de ninguna clase, como espera que lo rebane si es muy grande, yo sé que espera que me lo pase enterito, al no haber nada para beber me atragantaría con él, terminaría por escupirlo al césped recién podado por el jardinero Pinzón, este se molestaría conmigo y me obligaría a limpiar

todo el patio, yo sé que a nadie le importa lo que me pase! ¡Mi peor es nada, lo hace para fastidiarme pues sé que está cansada de mí, y yo a su vez lo estoy de ella!

Podría pasarme las tardes al llegar de la oficina viendo mis caricaturas favoritas, pero eso no es posible por las aburridas e insustanciales telenovelas que la mantenían como tarada frente de la caja idiota. No solo no encuentro comida, además debo cumplir al pie de la letra todos sus fastidiosos caprichitos', sin abrir la boca me preguntaba a mí mismo 'todo por lo que ha pasado en este hombre es grandioso y a la vez infame, si hay algo que nos enseñaron nuestros antepasados prehistóricos una y otra vez en tiempos remotos, fue saber cuándo decir ¡NO!; ¡BASTA!; o ¡YA ESTUBO!; lo que venga primero', que tío más plausible.

La enemistad que existía entre estos dos entes me conmovió tanto, dar la razón a mi perspicaz empleado o a su rolliza mujer; pronto me decidí ir más allá; así me decidí. Una invitación a su casa para tomar la merienda, estaba indeciso entre hacérmele presente en su domicilio, unos cuartuchos de alquiler para la clase más baja que existía en la parte más apartada de la ciudad; si, debo confesar que yo presentándome en esos lugares exponía mi integridad así como mi propia vida, pero la curiosidad no fue inventada para pasarla por alto, el dicho que dice de las de acá, 'La curiosidad mato al gato', no aplicaba en mí, más bien yo quería matar esa curiosidad infantil que me corroía por dentro y enterrar ese gatito. Nunca le diría que lo visitaría, sería como una sorpresa que nos mantendría agobiado a ambos.

Capítulo 2: ¡Un Día Fuera de la Oficina!

No recuerdo cuando fue el único día en que decidí salir de estas cuatro paredes que me mantenían cautivo del arduo trabajo diario, ni siquiera había tomado vacaciones por la responsabilidad de proteger a mi familia económicamente bien. El tiempo transcurrió sin darme siquiera un espacio para disfrutar con mis seres queridos de un merecido descanso del ajetreo y bullicio que mantenía mi cerebro cautivo de los abusos de mis empleados, como bestias habían terminado con mi paciencia desde hace años, pero hoy he visto la luz, un pequeñísimo filillo luminoso que no permitiría que se consumiera; Casaubon, ese famélico espécimen que me ha devuelto la alegría de venir al banco cada mañana; sí que sí, ¡Casaubon!, que nombre tan peculiar y extraordinario a la vez.

Este día será una buena fecha para tomarme unas merecidas vacaciones o no, ¡Eso me preguntaba!, si pudiera olvidar por un momento a todos e ir a alguna parte bonita de esta gran urbe y distraer mi cerebro con algo más que formas inútiles de personas deudoras, que solo vienen a pedir préstamos a sabiendas que no podrán pagar ni un solo centavo.

Pero qué más da, solo me queda el hecho de enriquecerme con la plática caótica de mi nuevo amigo. Ni siquiera mi esposa con la que en tiempo atrás solía mantener extensas platicas con cierto grado de interés, hoy no me resulta para nada divertido estar a su lado, mi hermosa hija Coco es la única que mantiene mi cordura estable, de lo contrario hace tiempo que me hubiera vuelto completamente loco; es fascinante como los niños de su edad ven el mundo, para ellos solo existe la diversión sin darse cuenta que al ser adultos perderán toda esa libertad de la que gozan para convertirse en esclavos de la sociedad.

Sentado en mi escritorio he visto adelgazar el calendario, sus hojas de papel caen poco a poco llevándose el tiempo con ellas. Casi siempre tomo uno de mis tantos puros cubanos y lo fumo sin importarme el llenar de humo la estancia, de hecho, es como si fumigara el lugar de las alimañas que me rodeaban; mi mano está cansada por ahora así que he dejado de escribir, colocando mi añorada pluma bañada en oro sobre un enorme libro que suelo usar como bitácora. Ese gran libro es fiel testigo de mi vida como gerente del banco, página tras página los secretos que guarda solo yo los conozco y nadie más, ni siquiera mi secretaria ha tenido la oportunidad de echarle un vistazo; Justo en el momento en que me disponía subir mis pies sobre el escritorio para estar más cómodo, me vino a la mente visitar en el hospital a Marina, reconozco que la había olvidado; pensaba en ella cuando sin aviso, entro Casaubon a mi despacho:

¡Señor Fausto esto es inconcebible!

En el acto le dije, ¡Que es lo que le ocurre mi buen amigo?

Casaubon exclamo, ¡Este día, mi fornida mujer me ha pedido que haga las compras de la semana!

Entonces me dije a mi mismo, ¿y eso que tiene de malo?

Pues nada ¡añadió, frunciendo el ceño!, ¡casi todas las compras son basura, pura comida chatarra sin nutrimento alguno, y otras cosas que no son más que puros y absolutos objetos inútiles!

Incluso cuando venía rumbo al trabajo me pidió que le comprara unos pupilentes de esos que cambian el color de los ojos, que por que están a la moda o algo así. Si claro, estoy bañado en dinero, de hecho, soy su genio de la lámpara capaz de cumplir todos sus designios y a mí que me echen a los leones y devoren mi carne, para luego ser empacada y vendida en el súper, entonces alguien más la compraría y se la daría a

comer en la cena, acompañada con una copa del mejor vino.

Entre mí, y con la mirada atónita trate de calmarlo.

¿No está exagerando?, No tiene ni idea, añadió.

En ese momento lamentable tome la determinación de salir por primera vez de allí e ir a dar un paseo por el parque cercano, caminaría por el asfalto sumido en mis pensamientos, encrudecería el hecho de tratar de consolar al amiguito; pero seguiría escuchando cada palabra que su boca reseca emitiera sin interrumpirlo, las consecuencias las dictaría el tiempo.

Antes de salir, tome mi enorme gabardina y aunque ese día el sol calentaba como si estuviéramos en una gran sartén de aceite hirviendo, me la puse y tome mi sombrero muy al estilo de los mafiosos de los años treinta; no deseaba que nadie se diera cuenta de mi ausencia pues ninguno fuera de mi secretaria merecía quedarse al mando, ni siquiera Casaubon que ya tenía su propio infierno del cual ocuparse.

Hacia tanto que no prestaba atención en los aparadores de las grandes tiendas, la gran cantidad de personas que recorrían las avenidas hasta el más olvidado recoveco me tenía anonadado, casi la mayor parte manejaba mi suburban del año, que me había hecho olvidar lo cansado que era recorrer esas grandes calles usando los pies.